

Sobre camellos y dromedarios

por Ramón Díaz

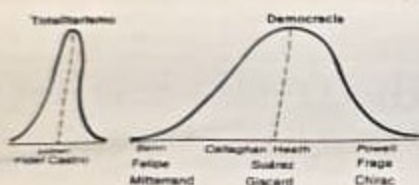
Como de costumbre, el programa estaba interesante. Como de costumbre, ya que lo oigo en la radio del auto mientras voy de casa a la Facultad, y de la Facultad al estudio, me vi obligado a oír mucho menos de lo que hubiese querido. Se trataba de CX 8, donde, "En vivo y en directo", eran entrevistados cuatro estudiantes de economía. La idea del programa era interesante. En realidad es mucho mejor, tratándose de programas dirigidos al público en general, llevar a estudiantes que a economistas debidamente diplomados, porque es más probable que en ese caso la audiencia les oiga con el sano escepticismo, en cuanto a la solidez de sus conocimientos, sin el cual ningún economista debería ser, en realidad, ni escuchado ni leído.

Pero este artículo debe versar sobre las gibas de los artiodáctilos rumiantes que monta el título, y no debo irme por las ramas. El hecho es que le oí decir a uno de los economistas en ciernes algo que me sorprendió. Que ya había oído antes, pero que me llena de asombro cada vez que lo oigo: que una democracia genera consenso para las políticas del gobierno, económicas y de las otras. Es una proposición en verdad estupefaciente, máxime en vísperas de la elección en Gran Bretaña, en que Margaret Thatcher y Michael Foot se enfrentarán, precisamente mañana, desde ambos lados de lo que luce como un abismo insondable.

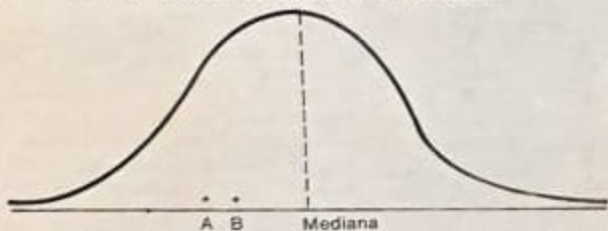
¿Consenso en Gran Bretaña? Los conservadores quieren fortalecer la alianza atlántica, los laboristas quieren el desarme nuclear internacional, éstos quieren en cambio un rearme arancelario y el aislacionismo económico después de abandonar el Mercado Común, aquéllos quieren mantenerse en la CEE y respetar el actual grado de apertura de la economía; Thatcher quiere asestar a la inflación el último golpe, Foot quiere revivirla; los tories desprecian a Foot, los laboristas odian, con todas sus fuerzas, a Thatcher. ¿Consenso dijeron?

Si Gran Bretaña es una democracia, la proposición es flagrantemente errónea. Si España es una democracia, y nos encontramos que Felipe y Fraga no tienen en común más que la inicial y si Francia es una democracia, y Mitterrand y Chirac se ubican en polos opuestos, llegamos a la misma conclusión. ¿Por qué, entonces, el estudiante dijo lo contrario? No lo sé, pero estuvo mal: uno no debena enunciar proposiciones sobre la realidad cuando estas las contradice frontalmente. Nunca. Bajo ningún concepto. Ni aunque uno sea economista, o pretenda llegar a serlo.

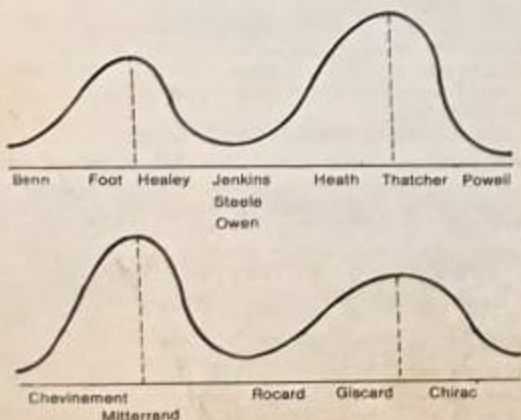
Las cosas eran algo distintas hace unos años. No radicalmente, porque el consenso, lo que se dice el consenso, nunca fue cosa del mundo democrático. Ha estado el consenso reservado a líderes verdaderamente populares, como Hitler (98 % o más votos en todos los plebiscitos que realizó) y Fidel Castro (que no se molesta en realizar plebiscitos porque le consta que tiene más del 99 % a favor). Pero, como decía, ahora es diferente de cuando en Gran Bretaña disputaban las elecciones Wilson (Harold, por supuesto) y MacMillan, o Heath (a quienes apodaban "Consensus Ted") y Callaghan, en ninguna de cuyas instancias había frente a los electores nada que remotamente se asemejara a una opción radical. Y en los casos de la España de Suárez y la Francia de Giscard pasaba algo por el estilo: había un consenso en la mediana de la distribución electoral, como el diagrama intenta mostrarlo.



Siendo la distribución de opiniones políticas representable por una curva en forma de campana, o de joroba de dromedario, puede demostrarse que las posiciones de los partidos tenderán a conformarse con la opinión del votante ubicable en la mediana ("median voter") como lo hizo Gordon Tullock, de la Universidad de Virginia. Básicamente, la demostración de su teorema parte del hecho de que si, en una cuestión cualquiera, el partido A adopta una posición muy a la izquierda, como el siguiente diagrama muestra, B maximiza sus posibilidades electorales colocándose también a la izquierda de la distribución pero un poco más hacia la mediana. Por tanto A —el partido que se pronuncia primero— tratará de no dejar descubierto ese flanco y adoptará una posición lo más cerca posible de la mediana, y los demás partidos principales tenderán a concentrarse en la misma zona, dejando a los grupos reconocidamente minoritarios buscar su ubicación en las alas.



Pero en la segunda mitad de la década de los '70, los dromedarios empezaron a emigrar de Europa, y a ser sustituidos por camellos, como los que se aprecian en el último diagrama, que procura representar las distribuciones francesa y británica.



¿Por qué ocurrió esto? Este es el tema de mi próxima columna, pero a título de adelanto, pienso que el camello es un animal más estable que el dromedario. Yo, al menos, si tuviera que jinetejar uno en la semana criolla de El Cairo, no tendría dudas sobre la elección.